CONVERSACIÓN CON UNA MOMIA

EDGAR ALLAN POE

El symposium de la noche anterior había
sido un tanto excesivo para mis nervios. Me
dolía horriblemente la cabeza y me dominaba
una invencible modorra. Por ello; en vez de
pasar la velada fuera de casa como me lo
había propuesto, se me ocurrió que lo más
sensato era comer un bocado e irme inmediatamente
a la gama.
Hablo, claro está, de una cena liviana.
Nada me guste tanto como las tostadas con
queso y cerveza. Más de una libra por vez,
sin embargo, no es muy aconsejable en ciertos
casos. En cambio, no hay ninguna oposición
que hacer a dos libras. Y, para ser
franco, entre dos y tres no hay más que una
unidad de diferencia. Puede ser que esa noche
haya llegado a cuatro. Mi mujer sostiene
que comí cinco, aunque con seguridad confundió
dos cosas muy diferentes. Estoy dispuesto
a admitir la cantidad abstracta de cincos
pero, en concreto, se refiere a las botellas
de cerveza que las tostadas de queso requieren
imprescindiblemente a modo de condimento.
Habiendo así dado fin a una cena frugal,

me puse m gorro de dormir con intención de
no quitármelo hasta las doce del día
siguiente, apoyé la cabeza en la almohada y,
ayudado por una conciencia sin reproches,
me sumí en profundo sueño.
Mas, ¿cuándo se vieron cumplidas las esperanzas
humanas? Apenas había completado
mi tercer ronquido, cuando la campanilla
de la puerta se puso a sonar furiosamente,
seguida de unos golpes de llamador que me
despertaron al instante. Un minuto después,
mientras estaba frotándome los ojos, entró
mi mujer con una carta qué me arrojó a la
cara y que procedía de mi viejo amigo el doctor
Ponnonner. Decía así:
«Deje usted cualquier cosa, querido
amigo, apenas reciba esta carta. Venga y
agréguese a nuestro regocijo. Por fin,
después de perseverantes gestiones, he obtenido
el consentimiento de los directores del
Museo para proceder al examen de la momia.
Ya sabe a cuál me refiero. Tengo permiso
para quitarle las vendas y abrirla si así me
parece. Sólo unos pocos amigos estarán pre-
sentes... y usted, naturalmente. La momia se
halla en mi casa y empezaremos a desatarla
a las once de la noche.
Su amigo, Ponnonner».
Cuando llegué a la firma, me pareció que
ya estaba todo lo despierto que puede estarlo
un hombre. Salté de la cama como en éxtasis,
derribando cuanto encontraba a mi paso;
me vestí con maravillosa rapidez y corrí a
todo lo que daba a casa del doctor.
Encontré allí a un grupo de personas llenas
de ansiedad. Me habían estado esperando
con impaciencia. La momia hallábase
instalada sobre la mesa del comedor, y apenas
hube entrado comenzó el examen.
Aquella momia era una de las dos traídas
pocos años antes por el capitán Arthur Sabretash,
primo de Ponnonner, de una tumba
cerca de Eleithias, en las montañas líbicas, a
considerable distancia de Tebas, sobre el
Nilo. En aquella región, aunque las grutas son
menos magníficas que las tebanas, presentan
mayor interés pues proporcionan muchísimos
datos sobre la vida privada de los egipcios. La
cámara de donde había sido extraída nuestra
momia era riquísima en esta clase de datos;

sus paredes aparecían íntegramente cubiertas
de frescos y bajorrelieves, mientras que las
estatuas, vasos y mosaicos de finísimo diseño
indicaban la fortuna del difunto.
El tesoro había sido depositado en el
museo en la misma condición en que lo encontrara
el capitán Sabretash, vale decir que
nadie había tocado el ataúd. Durante ocho
años había quedado allí sometido tan sólo a
las miradas exteriores del público. Teníamos
ahora, pues, la momia intacta a nuestra disposición;
y aquellos que saben cuán raramente
llegan a nuestras playas antigüedades
no robadas, comprenderán que no nos faltaban
razones para congratularnos de nuestra
buena fortuna.
Acercándome a la mesa, vi una gran caja
de casi siete pies de largo, unos tres de ancho
y dos y medio de profundidad. Era oblonga,
pero no en forma de ataúd. Supusimos
al comienzo -que había sido construída con
madera (platanus), pero al cortar un trozo
vimos que se trataba de cartón o, mejor dicho,
de papier maché compuesto de papiro.
Aparecía densamente ornada de pinturas que
representaban escenas funerarias y otros
temas de duelo; entre ellos, y ocupando todas
las posiciones, veíanse grupos de caracteres
jeroglíficos que sin duda contenían el
nombre del difunto. Por fortuna, Mr. Gliddon
era de la partida, y no tuvo dificultad en traducir
los signos -simplemente fonéticos- y
decirnos que componían la palabra Allamislakeo.
Nos costó algún trabajo abrir la caja sin
estropearla, pero luego de hacerlo dimos con
una segunda, en forma de ataúd, mucho menor
que la primera, aunque en todo sentido
parecida. El hueco entre las dos había sido
rellenado con resina, por lo cual los colores
de la caja interna estaban algo borrados.
Al abrirla --cosa que no nos dio ningún
trabajo-- llegamos a una tercera caja, también
en forma de ataúd, idéntica a la segunda,
salvo que era de cedro y emitía aún el
peculiar aroma de esa madera. No había intervalo
entre la segunda y la tercera caja,
que estaban sumamente ajustadas.
Abierta esta última, hallamos y extrajimos
el cuerpo. Habíamos supuesto que, como de
costumbre, estaría envuelto en vendas o fajas

de lino; pero, en su lugar, hallamos una especie de estuche de papiro cubierto de una capa de yeso toscamente dorada y pintada.
Las pinturas representaban temas correspondientes a los varios deberes del alma y su presentación ante diferentes deidades, todo ello acompañado de numerosas figuras humanas idénticas, que probablemente pretendían ser retratos de la persona difunta.
Extendida de la cabeza a los pies aparecía una inscripción en forma de columna, trazada en jeroglíficos fonéticos, la cual repetía el nombre y títulos del muerto, y los nombres y títulos de sus parientes.
En el cuello de la momia, que emergía de aquel estuche, había un collar de cuentas cilíndricas de vidrio y de diversos colores, dispuestas de modo que formaban imágenes de dioses, el escarabajo sagrado y el globo alado. La cintura estaba ceñida por un cinturón o collar parecido.
Arrancando el papiro, descubrimos que la carne se hallaba perfectamente conservada y que no despedía el menor olor. Era de coloración rojiza. La piel aparecía muy seca, lisa y brillante. Dientes y cabello se hallaban en buen estado. Los ojos (según nos pareció) habían sido extraídos y reemplazados por otros de vidrio, muy hermosos y de extraordinario parecido a los naturales, salvo que miraban de una manera demasiado fija. Los dedos y las uñas habían sido brillantemente dorados.
Mr. Gliddon era de opinión que, dada la rojez de la epidermis, el embalsamamiento debía haberse efectuado con betún; pero, al raspar la superficie con un instrumento de acero y arrojar al fuego el polvo así obtenido, percibimos el perfume del alcanfor y de otras gomas aromáticas.
Revisamos cuidadosamente el cadáver, buscando las habituales aberturas por las cuales se extraían las entrañas, pero, con gran sorpresa, no las descubrimos. Ninguno de nosotros sabía en aquel momento que con frecuencia suelen encontrarse momias que no han sido vaciadas. Por lo regular se acostumbraba extraer el cerebro por las fosas nasales y los intestinos por una incisión del costado; el cuerpo era luego afeitado, lavado y puesto

en salmuera, donde permanecía varias semanas,
hasta el momento del embalsamamiento
propiamente dicho.
Como no encontrábamos la menor señal
de una abertura, el doctor Ponnonner preparaba
ya sus instrumentos de disección,
cuando hice notar que eran más de las dos de
la mañana. Se decidió entonces postergar el
examen interno hasta la noche siguiente, y
estábamos a punto de separarnos, cuando
alguien sugirió hacer una o dos experiencias
con la pila voltaica.
Si la aplicación de electricidad a una
momia cuya antigüedad se remontaba por
lo menos a tres o cuatro mil años no era
demasiado sensata, resultaba en cambio lo
bastante original como para que todos aprobáramos
la idea. Un décimo en serio y
nueve décimos en broma, preparamos una
batería en el consultorio del doctor y trasladamos
allí a nuestro egipcio.
Nos costó muchísimo trabajo poner en
descubierto una porción del músculo temporal,
que parecía menos rígidamente
pétrea que otras partes del cuerpo; pero, tal
como habíamos anticipado, el músculo no dio
la menor muestra de sensibilidad galvánica
cuando establecimos el contacto. Esta
primera prueba nos pareció decisiva y,
riéndonos de nuestra insensatez nos despedíamos
hasta la siguiente sesión, cuando
mis ojos cayeron casualmente sobre los de la
momia y quedaron clavados por la estupefacción.
Me había bastado una mirada para
darme cuenta de que aquellos ojos, que suponíamos
de vidrio y que nos habían llamado
la atención por cierta extraña fijeza, se hallaban
ahora tan cubiertos por los párpados que
sólo una pequeña porción de la tunica albuginea
era visible.
Lanzando un grito, llamé la atención de
todos sobre el fenómeno, que no podía ser
puesto en discusión.
No diré que me sentí alarmado, pues en
mi caso la palabra no resultaría exacta. Es
probable sin embargo que, de no mediar la
cerveza, me hubiera sentido algo nervioso.
En cuanto al resto de los asistentes, no
trataron de disimular el espanto que .se apoderó
de ellos. Daba lástima contemplar al

doctor Ponnonner. Mr. Gliddon, gracias a un
procedimiento inexplicable, había conseguido
hacerse invisible. En, cuanto a Mr. Silk Buckingham,
no creo que tendrá la audacia de
negar que se había metido a gatas debajo de
la mesa.
Pasado el primer momento de estupefacción,
resolvimos de común acuerdo proseguir
la experiencia. Dirigimos nuestros esfuerzos
hacia el dedo gordo del pie derecho. Practicamos
una incisión en la zona exterior del os
sesamoideum pollicis pedís, llegando hasta la
raíz del músculo abductor. Luego de reajustar
la batería, aplicamos la corriente a los nervios
al descubierto. Entonces, con un movimiento
extraordinariamente lleno de vida, la momia
levantó la rodilla derecha hasta ponerla casi
en contacto con él abdomen y, estirando la
pierna con inconcebible fuerza, descargó contra
el doctor Ponnonner un golpe que tuvo
por efecto hacer salir a dicho caballero como
una flecha disparada por una catapulta, proyectándolo
por una ventana a la calle.
Corrimos en masa a recoger los destrozados
restos de la víctima, pero tuvimos la alegría
de encontrarla en la escalera, subiendo a
toda velocidad, abrasado de fervor científico,
y más que nunca convencido de que debíamos
proseguir el experimento sin desfallecer.
Siguiendo su consejo, decidimos practicar
una profunda incisión en la punta de la nariz,
que el doctor sujetó en persona con gran vigor,
estableciendo un fortísimo contacto con
los alambres de la pila.
Moral y físicamente, figurativa y literalmente,
el efecto producido fue eléctrico. En
primer lugar, el cadáver abrió los ojos y los
guiñó repetidamente largo rato, como hace
Mr. Barnes en su pantomima; en segundo,
estornudó; en tercero, se sentó; en cuarto,
agitó violentamente el puño en la cara del
doctor Ponnonner; en quinto, volviéndose a
los señores Gliddon y Buckingham, les dirigió
en perfecto egipcio el siguiente discurso:
-Debo decir, caballeros, que
estoy tan sorprendido como mortificado por
la conducta de ustedes. Nada mejor podía
esperarse del doctor Ponnonner. Es un pobre
estúpido que no sabe nada de nada. Lo compadezco
y lo perdono. Pero usted, Mr. Gliddon...

y usted, Silk... que han viajado y trabajado
en Egipto, al punto que podría decirse
que ambos han nacido en nuestra madre tierra...
Ustedes, que han residido entre nosotros
hasta hablar el egipcio con la misma perfección
que su lengua propia... Ustedes, a
quienes había considerado siempre como los
leales amigos de las momias... ¡ah, en verdad
esperaba una conducta más caballeresca de
parte de los dos! ¿Qué debo pensar al verlos
contemplar impasibles la forma en que se me
trata? ¿Qué debo pensar al descubrir que
permiten que tres o cuatro fulanos me arranquen
de mi ataúd y me desnuden en este
maldito clima helado? ¿Y cómo debo
interpretar, para decirlo de una vez, que
hayan permitido y ayudado a ese miserable
canalla, el doctor Ponnonner, a que me tirara
de la nariz?
Nadie dudará, presumo, de que, dadas las
circunstancias y el antedicho discurso, corrimos
todos hacia la puerta, nos pusimos
histéricos, o nos desmayamos cuan largos
éramos. Cabía esperar una de las tres cosas.
Cada una de esas líneas de conducta hubiera
podido ser muy plausiblemente adoptada. Y
doy mi palabra de que no alcanzo a explicarme
cómo y por qué no seguimos ninguna de
ellas. Quizá haya que buscar la verdadera
razón en el espíritu de nuestro tiempo, que
se guía por la ley de los contrarios y la acepta
habitualmente como solución de cualquier
cosa por vía de paradoja e imposibilidad.
Puede ser, asimismo, que el aire tan natural
y corriente de la momia privara a sus palabras
de todo efecto aterrador. De todos modos,
los hechos son como los he contado, y
ninguno de nosotros demostró espanto especial,
ni pareció considerar que lo que sucedía
fuese algo fuera de lo normal.
Por mí parte me sentía convencido de que
todo estaba en orden, y me limité a correrme
a un costado, lejos del alcance de los puños
del egipcio. El doctor Ponnonner se metió las
manos en los bolsillos del pantalón, miró con
fijeza a la momia y se puso extraordinariamente
rojo. Mr. Gliddon se acarició las patillas
y se ajustó el cuello,. Mr. Buckingham
bajó la cabeza y se metió el dedo pulgar derecho
en el ángulo izquierdo de la boca.

El egipcio lo miró severamente durante
largo rato, tras lo cual hizo un gesto despectivo
y le dijo:
-¿Por qué no me contesta, Mr. Buckingham?
¿Ha oído o no lo que acabo de preguntarle?
¡Sáquese ese dedo dé la boca!
Mr. Buckingham se sobresaltó ligeramente,
quitóse el pulgar derecho del lado izquierdo
de la boca y, por vía de compensación,
insertó el pulgar izquierdo en el ángulo derecho
de la abertura antes mencionada.
A1 no recibir respuesta de Mr. Buckingham,
la momia se volvió malhumorada a Mr.
Gliddon y, con tono perentorio, le preguntó
qué diablos pretendíamos todos.
Mr. Gliddon le contestó detalladamente en
idioma fonético; y sí no fuera por la carencia
de caracteres jeroglíficos en las imprentas
norteamericanas, me hubiese encantado reproducir
aquí su excelentísimo discurso en la
forma original.
Aprovecharé la ocasión para hacer notar
que la conversación con la momia se desarrolló
en egipcio antiguo; tanto yo como los
otros miembros no eruditos del grupo contamos
con los señores Gliddon y Buckingham
como intérpretes. Estos caballeros hablaban
la lengua materna de la momia con inimitable
fluidez y gracia; - pero no pude dejar de observar
que (a causa, sin duda, de la introducción
de imágenes modernas, vale decir absolutamente
novedosas para el egipcio) ambos
eruditos se veían obligados en ocasiones a
emplear formas concretas para explicar determinadas
cosas. Mr. Gliddon, por ejemplo,
no pudo hacer comprender en cierto momento
al egipcio la palabra «política» hasta que
no hubo dibujado en la pared, con un carbón,
un diminuto caballero de nariz llena de verrugas,
con los codos rotos, subido a una tribuna,
la pierna izquierda echada hacia atrás, el
brazo derecho tendido hacia adelante, cerra-
do el puño y los ojos vueltos hacia el cielo,
mientras la boca se abría en un ángulo de
noventa grados. Del mismo modo, Mr. Buckingham
no consiguió hacerle entender la
noción absolutamente moderna de whig hasta
que el doctor Ponnonner le sugirió el medio
adecuado; nuestro amigo se puso sumamente
pálido, pero consintió en quitarse la peluca.

Se comprenderá fácilmente que el discurso de Mr. Gliddon versó principalmente sobre los grandes beneficios que el desempaquetamiento y destripamiento de las momias había proporcionado a la ciencia, aprovechando esto para excusarnos de todos los inconvenientes que pudiéramos haber causado en especial a la momia llamada Allamistakeo; concluyó sugiriendo finamente (pues apenas era una insinuación) que, una vez explicadas estas cosas, muy bien podíamos continuar con el examen proyectado.

Al oír esto, el doctor Ponnonner se puso a preparar sus instrumentos.

Pero parece ser que Allamistakeo tenía ciertos escrúpulos de conciencia -cuya naturaleza no pude llegar a comprender- con respecto a la sugestión del orador. Mostróse, sin embargo, satisfecho de las excusas ofrecidas y, bajándose de la mesa, estrechó las manos de todos los presentes.

Terminada esta ceremonia, nos ocupamos inmediatamente de reparar los daños que el bisturí había ocasionado en nuestro sujeto. Le cosimos la herida de la frente, le vendamos el pie y le aplicamos una pulgada cuadrada de esparadrapo negro en la punta de la nariz.

Notóse entonces que el conde (tal parecía ser el título de Allamistakeo) temblaba ligeramente, sin duda a causa del frío. El doctor se trasladó al punto a su guardarropa, volviendo con una magnífica chaqueta negra, admirablemente cortada por Jennings; un par de pantalones de tartán celeste con trabillas, una camisa de guinga color rosa, un chaleco de brocado, un abrigo corto blanco, un bastón con puño, un sombrero sin alas, botas de charol, guantes de cabritilla de color paja, un monóculo, un par de patillas y una corbata del modelo en cascada. Dada la disparidad de tamaño entre el conde y el doctor (que sé hallaban en proporción de dos a uno), tuvimos alguna dificultad para disponer aquellas prendas en la persona del egipcio; pero, una vez vestido, hubiera podido decirse que lo estaba de verdad. Mr. Gliddon le dio entonces el brazo y lo llevó hasta un confortable sillón junto al fuego, mientras el doctor llamaba y pedía cigarros y vino.

La conversación no tardó en animarse.

Como es natural, nos sentíamos muy curiosos
ante el hecho bastante notable de que Allamistakeo
siguiera todavía vivo.
-Hubiera pensado --expresó Mr. Buckingham-
que estaba usted muerto desde hacía
mucho.
-¡Cómo! -replicó el conde, profundamente
sorprendido-. ¡Si apenas he pasado los setecientos
años! Mi padre vivió mil y no estaba
en absoluto chocho cuando murió.
Siguieron a esto una serie de preguntas y
cálculos, tras de los cuales fue evidente que
la antigüedad de la momia había sido muy
groseramente estimada. Hacía cinco mil cincuenta
años, con algunos meses, que le habían
depositado en las catacumbas de Eleithias.
-Mi observación, empero -continuó Mr.
Buckingham-, no se refería a la edad de usted
en el momento de su entierro (ya que no
tengo inconveniente en reconocer que es usted
un hombre joven), sino a la inmensidad
de tiempo que llevaba, según su propio testimonio,
envuelto en betún.
-¿En qué? -dijo el conde.
-En betún -persistió Mr. Buckingham.
- ¡Ah, sí, creo entender! El betún podía
servir, en efecto; pero en mi tiempo se
empleaba casi exclusivamente el bicloruro de
mercurio.
-Lo que nos resulta particularmente difícil
de comprender -dijo el doctor Ponnonner- es
cómo, después de morir y ser enterrado
en Egipto hace cinco mil años, se encuentra
usted hoy lleno de vida y con aire tan sa ludable.
-Si hubiese estado muerto, como dice usted
-repli có el conde-, lo más probable
es que continuara están dolo; pero veo
que se hallan ustedes en la infancia del galvanismo
y no son capaces de llevar a cabo la
que en nuestros antiguos tiempos era
práctica corriente. Por mí parte, caí en estado
de catalepsia y mis mejores amigos consideraron
qué estaba muerta o que debía estarlo;
me embalsamaran, pues, inmediatamente,
pero... supongo que están ustedes al tanto
del principio fundamental del embalsamamiento.
- ¡De ninguna manera!
-¡Ah, ya veo! ¡Triste ignorancia, en verdad!
Pues bien, no entraré en detalles, pero
deba decir que en Egipto el embalsamamiento

propiamente dicho consistía en la suspensión indefinida de todas las funciones animales sometidas al proceso. Empleo el término « animal» en su sentido más amplio, incluyendo no sólo el ser físico, sino el moral y el vital. Repito que el principio básico consistía entre nosotros en suspender y mantener latentes todas las funciones animales someti-
das al proceso de embalsamamiento. O sea, que, en resumen, cualquiera fuese la condición en que se encontraba el sujeto en el momento de ser embalsamado, así continuaba por siempre. Pues bien, como afortunadamente soy de la sangre del Escarabajo, fui embalsamado vivo, tal como me ven ustedes ahora.
-¡La sangre del Escarabajo! -exclamó el doctor Ponnonner.
-Sí. El Escarabajo era el emblema, las «armas» de una distinguidísima familia patricia muy poco numerosa. Ser «de la sangre del Escarabajo» significa sencillamente pertenecer a dicha, familia cuyo emblema era el Escarabajo. Hablo figurativamente.
-Pero, ¿qué tiene eso que ver con que esté usted vivo?
-Pues bien, la costumbre general en Egipto consiste en extraer el cerebro y las entrañas del cadáver antes de embalsamarlo; tan sólo la raza de los Escarabajos se eximía de esa práctica. De no haber sido yo un Escarabajo, me hubiera quedado sin cerebro y sin entrañas; y no resulta cómodo vivir sin ellos.
-Ya veo -dijo Mr. Buckingham-, y presumo que todas las momias que nos han llegado enteras son de la raza del Escarabajo.
-Sin la menor duda.
-Yo había pensado -dijo tímidamente Mr. Gliddon- que el Escarabajo era uno de los dioses egipcios.
-¿Uno de los qué egipcios? -gritó la momia, poniéndose de pie.
-Uno de los dioses -repitió el erudito.
-Mr. Gliddon, estoy estupefacto al oírle hablar de esa manera -dijo el conde, volviendo a sentarse-. Ninguna nación de este mundo ha reconocido nunca más de un dios. El Escarabajo, el Ibis, etc., eran para nosotros los símbolos (como seres semejantes lo fueron para otros), los intermediarios a través

de los cuales adorábamos a un Creador demasiado
augusto para dirigirnos a él directamente.
Hubo una pausa. La conversación fue reanudada
por el doctor Ponnonner.
-A juzgar por lo que nos ha explicado usted
-dijo-, no sería improbable que en las
catacumbas próximas al Nilo haya otras mo-
mias de la raza de los Escarabajos e igualmente
vivas.
-Sin la menor duda -replicó el conde-. Todos
los Escarabajos embalsamados vivos por
accidente siguen estando vivos. Incluso algunos
de aquéllos, embalsamados expresamente,
pueden haber sido olvidados por sus ejecutores
testamentarios y, sin duda, continúan
en sus tumbas.
-¿Sería usted tan amable de explicarnos
-pregunté- qué entiende por embalsamar
«expresamente»?
-Con mucho gusto -repuso la momia, luego
de mirarme atentamente a través del monóculo,
pues era la primera vez que me atrevía
a hacerle una pregunta directa.
-Con mucho gusto -repitió-. La duración
usual de la vida humana en mi tiempo era de
unos ochocientos años. Pocos hombres morían,
a menos de sobrevenirles algún accidente
extraordinario, antes de los seiscientos; pero
la cifra anterior era considerada como el término
natural. Luego de descubierta el principio
del embalsamamiento, tal como lo he explicado
antes, nuestros filósofos pensaron
que sería posible satisfacer una muy laudable
curiosidad, y a la vez contribuir grandemente
a los intereses de la ciencia, si ese término
natural era vivido en varias etapas. En el caso
de la historia, sobre todo, la experiencia
había demostrado que algo así resultaba indispensable.
Un historiador, por ejemplo,
llegado a la edad de quinientos años, escribía
un libro con muchísimo celo, y luego se hacía
embalsamar cuidadosamente, dejando instrucciones
a sus albaceas pro tempore, para
que lo resucitaran transcurrido un cierto período
-digamos quinientos o seiscientos
años-. A1 reanudar su vida, el sabio descubría
invariablemente que su gran obra se
había convertido en una especie de libreta de
notas reunidas al azar, algo así como una
palestra literaria de todas las conjeturas antagónicas,

los enigmas y las pendencias personales
de un ejército de exasperados comentadores.
Aquellas conjeturas, etc., que
recibían el nombre de notas o enmiendas,
habían tapado, deformado y agobiado de tal
manera el texto, que el autor se veía precisado
a encender una linterna para buscar su
propio libro. Una vez descubierto, no compensaba
nunca el trabajo de haberlo buscado.
Luego de escribirlo íntegramente de nuevo, el
historiador consideraba su deber ponerse a
corregir de inmediato, con su conocimiento y
experiencias personales, las tradiciones corrientes
sobre la época en que había vivido
anteriormente. Y así, ese proceso de nueva
redacción y de rectificación personal, cumplido
de tiempo en tiempo por diversos sabios,
impedía que nuestra historia se convirtiera en
una pura fábula.
-Perdóneme usted -dijo en este punto el
doctor Ponnonner, apoyando suavemente la
mano sobre el brazo del egipcio-. Perdóneme
usted, señor, pero... ¿puedo interrumpirlo un
instante?
-Ciertamente, señor -replicó el conde.
-Tan sólo una pregunta -continuó el doctor-.
Mencionó usted las correcciones personales
del historiador a las tradiciones referentes
a su propio tiempo. Dígame usted: ¿qué
proporción de dichas tradiciones eran verdaderas?
-Pues bien, señor mío, los historiadores
descubrían que las tales tradiciones se encontraban
absolutamente a la par de las historias
mismas antes de ser reescritas; vale decir
que en ellas no había jamás, y bajo ninguna
circunstancia, la menor palabra que no fuera
total y radicalmente falsa.
-De todas maneras -insistió el doctor-,
puesto que sabemos que han pasado por lo
menos cinco mil años desde su entierro, doy
por descontado que las historias de aquel
período, si no las tradiciones, eran suficientemente
explícitas sobre el tema de mayor
interés universal, o sea la Creación, que, como
bien sabe usted, se produjo hace tan sólo
diez siglos.
-¡Caballero! -exclamó el conde Allamistakeo.
El doctor repitió sus palabras, pero sólo
logró que el egipcio las comprendiera después
de muchas explicaciones adicionales.

Entonces, no sin vacilar, dijo este último:
-Confieso que las ideas que acaba de sugerirme me resultan completamente nuevas.
En mis tiempos jamás supe que alguien abrigara la singular fantasía de que el universo (o este mundo, si lo prefiere hubiera tenido jamás un principio. Sólo recuerdo que una vez -una vez tan sólo- escuché de un hombre de grandes conocimientos cierta remota insinuación acerca del origen de la raza humana, y esa misma persona empleó la palabra Adán (o sea tierra roja) que acaba de emplear usted. Pero él lo hizo en un sentido muy amplio, refiriéndose a la generación espontánea de cinco vastas hordas humanas salidas del limo (como nacen miles de otros organismos inferiores), y que surgieron simultáneamente en cinco partes distintas y casi iguales del globo.
Al oír esto nos miramos, encogiéndonos de hombros, y uno o dos se llevaron un dedo a la sien con aire significativo. Entonces- Mr. Silk Buckingham, luego de echar una ojeada al occipucio y a la coronilla de Allamistakeo, habló como sigue:
-La larga duración de la vida en sus tiempos, así como la costumbre ocasional de pasarla en distintas etapas, según nos ha explicado usted, debe haber contribuido profundamente al desarrollo y a la acumulación general del saber. Presumo, pues, ,que la marcada inferioridad de los egipcios antiguos en materias científicas, si se los compara con los modernos, y más especialmente con los yanquis, nace dé la mayor dureza del cráneo egipcio.
-Debo confesar nuevamente -repuso el conde con mucha gentileza que me cuesta un tanto comprenderle. ¿A qué materias científicas se refiere, por favor?
Uniendo nuestras voces, le dimos entonces toda clase de detalles sobre las teorías frenológicas y las maravillas del magnetismo animal.
Luego de escucharnos hasta el fin, el conde se puso a narrarnos algunas anécdotas que demostraron claramente cómo los prototipos de Gall y de Spurzheim habían florecido en Egipto en tiempos tan remotos como para que su recuerdo se hubiese perdido; así como que -los procedimientos de Mesmer eran

despreciables triquiñuelas comparados con
los verdaderos milagros de los sabios de Tebas,
capaces de crear piojos y muchos otros
seres similares.
Pregunté al conde si su pueblo sabía calcular
los eclipses. Sonrió un tanto desdeñosamente
y me contestó que sí.
Esto me desconcertó algo, pero seguí
haciéndole preguntas sobre sus conocimientos
astronómicos hasta que uno de los presentes,
que hasta entonces no había abierto
la boca, me susurró al oído que para esa clase
de informaciones haría mejor en consultar
a Ptolomeo (sin explicarme quién era), así
como a un tal Plutarco, en su De facie lunae.
Interrogué entonces a la momia acerca de
espejos ustorios y lentes, y de manera general
sobre la fabricación del vidrio; pero, apenas
había formulado mis preguntas, cuando
el contertulio silencioso me apretó suavemente
el codo, pidiéndome en nombre de Dios
que echara un vistazo a Diodoro de Sicilia. En
cuanto al conde, se limitó a preguntarme, a
modo de respuesta, si los modernos poseíamos
microscopios que nos permitieran tallar
camafeos en el estilo de los egipcios.
Mientras pensaba cómo responder a esta
pregunta, el pequeño doctor Ponnonner se
puso en descubierto de la manera más extraordinaria.
- ¡Vaya usted a ver nuestra arquitectura!
-exclamó, con enorme indignación por parte
de los dos egiptólogos, quienes lo pellizcaban
fuertemente sin conseguir que se callara.
-¡Vaya a ver la fuente del Bowling Green,
de Nueva York! -gritaba entusiasmado-. ¡O, si
le resulta demasiado difícil de contemplar,
eche una ojeada al Capitolio de Washington!
Y nuestro excelente y diminuto médico siguió
detallando minuciosamente las proporciones
del edificio del Capitolio. Explicó que
tan sólo el pórtico se hallaba adornado con no
menos de veinticuatro columnas, las cuales
tenían cinco pies de diámetro y estaban situadas
a diez pies una de otra.
El conde dijo que lamentaba no recordar
en ese momento las dimensiones exactas de
cualquiera de los principales edificios de la
ciudad de Aznac, cuyos cimientos habían sido
puestos en la noche de los tiempos, pero cuyas
ruinas seguían aún en pie en -la época de

su entierro, en un desierto al oeste de Tebas.
Recordaba empero (ya que de pórtico se tra-
taba) que uno de ellos, perteneciente a un
palacio secundario en un suburbio llamado
Karnak, tenía ciento cuarenta y cuatro columnas
de treinta y siete pies de circunferencia,
colocadas a veinticinco pies una de otra.
A este pórtico se llegaba desde el Nilo por
una avenida de dos millas de largo, compuesta
por esfinges, estatuas y obeliscos, de veinte,
sesenta y cien pies de altura. El palacio,
hasta donde alcanzaba a recordar, tenía dos
millas de largo, y su circuito total debía alcanzar
las siete millas. Las paredes estaban
ricamente pintadas con jeroglíficos en el interior
y exterior: El conde no pretendía afirmar
que dentro del área del palacio hubieran
podido construirse unos cincuenta o sesenta
Capitolios como el del doctor, pero, aun sin
estar completamente seguro, pensaba que,
con algún esfuerzo, se hubieran podido meter
doscientos o trescientos. Claro que, después
de todo, el palacio de Karnak era bastante
insignificante. De todas maneras el conde no
podía negarse conscientemente a admitir el
ingenio, la magnificencia y la superioridad de
la fuente del Bowling Green, tal como la había
descrito el doctor. Se veía forzado a reconocer
que en Egipto jamás se había visto una
cosa semejante.
Pregunté entonces al conde qué opinaba
de nuestros ferrocarriles.
Contestó que no opinaba nada en especial.
Los ferrocarriles eran un tanto débiles,
mal concebidos y torpemente realizados. Por
supuesto que no se los podía comparar con
las enormes calzadas, perfectamente lisas,
directas y con vías de hierro, sobre las cuales
los egipcios transportaban templos enteros y
sólidos obeliscos de ciento cincuenta pies de
altura.
Aludía nuestras gigantescas fuerzas mecánicas.
Convino en que algo sabíamos de esas
cosas, pero me preguntó cómo me las habría
arreglado para colocar las impostas de los
dinteles, aun en un templo tan pequeño como
el de Karnak.
Decidí no escuchar esta pregunta, y quise
saber si tenía alguna idea sobre los pozos
artesianos. El conde se limitó a levantar las

cejas, mientras Mr. Gliddon me guiñaba con violencia el ojo y me decía en voz baja que los ingenieros encargados de las perforaciones en el Gran Oasis acababan de descubrir uno hacía muy poco.
Mencioné entonces nuestro acero, pero el egipcio levantó desdeñosamente la nariz y me preguntó si nuestro acero habría podido ejecutar los profundos relieves que se ven en los obeliscos y que se ejecutaban con la sola ayuda de instrumentos de cobre.
Esto nos desconcertó tanto que juzgamos prudente trasladar la ofensiva al campo metafísico.
Mandamos buscar un ejemplar de un libro llamado The Dial, y le leímos en alta voz uno o dos capítulos acerca de algo no muy claro, pero que los bostonianos denominaban el Gran Movimiento del Progreso.
El conde se limitó a decir que los Grandes Movimientos eran cosas tristemente vulgares en sus días; en cuanto al Progreso, en cierta época había sido una verdadera calamidad, pero nunca llegó a progresar.
Hablaos entonces de la belleza e importancia de la democracia, y tuvimos gran trabajo para hacer entender debidamente al conde las ventajas de que gozábamos viviendo allí donde existía el sufragio ad libitum, y no había ningún rey.
Nos escuchó muy interesado y, en realidad, me dio la impresión de que se divertía muchísimo. Cuando hubimos terminado, nos hizo saber que, mucho tiempo atrás, había ocurrido entre ellos algo parecido. Trece provincias egipcias decidieron ser libres y dar un magnífico ejemplo al resto de la humanidad.
Sus sabios se reunieron y confeccionaron la más ingeniosa constitución que pueda concebirse.
Durante un tiempo se las arreglaron notablemente bien, sólo que su tendencia a la fanfarronería era prodigiosa. La cosa terminó, empero, el día en que los quince Estados, a quienes se agregaron otros quince o veinte, se consolidaron creando el más odioso e insoportable despotismo que jamás se haya visto en la superficie de la tierra.
Pregunté el nombre del tirano usurpador.
El conde creía recordar que se llamaba Populacho.
No sabiendo qué decir a esto, alcé mi voz

para deplorar la ignorancia de los egipcios
sobre el vapor.
El conde me miró lleno de asombro, pero
no dijo nada. En cambio el contertulio silencioso
me dio fuertemente en las costillas ron
el codo, diciéndome que bastante había
hecho ya el ridículo, y preguntándome si
realmente era tan tonto como para no saber
que la moderna máquina de vapor deriva de
la invención de Hero, pasando por Salomón
de Caus.
Nos hallábamos en grave peligro de ser
derrotados. Pero, entonces, para nuestra
buena suerte, el doctor Ponnonner acudió a
socorrernos e inquirió si el pueblo egipcio
pretendía rivalizar seriamente con los modernos
en la importantísima cuestión del vestido.
El conde, al oír esto, miró las trabillas de
sus pantalones y, tomando luego uno de los.
faldones de su chaqueta, se lo acercó a los
ojos durante largo rato. Por fin lo dejó caer,
mientras su boca se iba extendiendo gradualmente
dé oreja a oreja; pero no recuerdo
que dijese nada a manera de contestación.
Recobramos así nuestro ánimo, y el doctor,
acercándose con gran dignidad a la momia,
le pidió que declarara francamente, por
su honor de caballero, si alguna vez los egipcios
habían sido capaces de comprender la
fabricación de las pastillas de Ponnonner o de
las píldoras de Brandeth.
Esperamos ansiosamente una respuesta,
pero en vano. La respuesta no llegaba. El
egipcio se sonrojó y bajó la cabeza. Jamás se
vio triunfo más completo; jamás una derrota
fue sobrellevada con tan poca gracia. Realmente
me resultaba insoportable el espectáculo
de la mortificación de la pobre momia.
Busqué mi sombrero, me incliné secamente y
salí.
Al llegar a casa vi que eran las cuatro
pasadas, y me metí inmediatamente en
cama. Son ahora las diez de la mañana.
Desde las siete estoy levantado, redactando
esta crónica para beneficio de mi familia y de
la humanidad. A la primera no volveré a
verla. Mi mujer es una arpía.
Diré la verdad: estoy amargamente cansado
de esta vida y del siglo XIX en general.
Me siento convencido de que todo va mal.

Además tengo gran ansiedad por saber quién
será Presidente en 2045. Por eso, tan pronto
me haya afeitado y bebido una taza de café,
volveré a casa de Ponnonner y me haré embalsamar
por un par de cientos de años.

2010- Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

_____

Súmese como **voluntario** o **donante** , para promover el crecimiento y la difusión de la **Biblioteca Virtual Universal** www.biblioteca.org.ar

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente **enlace**. www.biblioteca.org.ar/comentario

editorial del cardo